

Canovismo en 1977

Manuel Tuñón de Lara

Las frecuentes alusiones a Cánovas del Castillo, presentado como ejemplo, y al canovismo como sistema salvador, constituyen un abuso de confianza histórica tan descomunal que están pidiendo a voces una demistificación. Porque ¿acaso puede establecerse un paralelo entre 1875 —cuando Cánovas echa las bases del Estado de la Restauración— y nuestros días? Echemos una ojeada, por somera que sea: Cánovas personificaba y dirigía una **involución**, la derrota política del sexenio de 1868-1874, la recuperación del timón del Estado por la gran burguesía agraria, noble o no, integrando en el bloque de poder a la alta burguesía de negocios. Era aquella una España rural; 86,5 por 100 de la población vivía en zonas rurales y 70 por 100 era analfabeta. Madrid no llegaba a 400.000 habitantes, y Barcelona, a 250.000; la clase obrera industrial contaba, aparte de Barcelona, con unos núcleos en Vizcaya y Málaga...

El "canovismo" supo asegurar la hegemonía de esos oligarcas agrarios montando una apariencia constitucional, una ficción de democracia (cuando en 1890 tiene que aceptar el sufragio universal), tomando como modelo a deformar, nada menos que el de Inglaterra. En puridad —y ahí están los archivos para probarlo— se vivió medio siglo de farsa electoral de tal modo que hoy nos es imposible conocer cuántos votos se emitieron de verdad una u otra vez, cuáles fueron las abstenciones, etc.; la coacción, la corrupción, la deformación institucional y moral que suponía el caciquismo, cerraron por completo al pueblo español su acceso a participar en las decisiones políticas, y los partidos del sistema, doblados o confundidos por la red paralela del cacicato en que ellos mismos se apoyaban, colaboraron a falsear la voluntad nacional hasta que se desplomaron en el desprestigio. Fueron unos partidos de "notables", donde nunca se supo cuándo terminaban aquéllos y empezaban los caciques. El "canovismo" se apoyó en ellos, y toleró, a sus extremos, unos grupos reducidos de carlistas y republicanos (de éstos, mejor un Castelar que un Salmerón) y dejó en la ilegalidad al movimiento obrero hasta 1881; expulsó catedráticos de la Universidad, derogó la ley de matrimonio

civil, sostuvo la creación de algún banco para luego recibir su apoyo, concedió privilegios a la Transatlántica, organizó empréstitos de guerra que aventajaban a los poderosos en lugar de dictar impuestos para cubrir aquellas exigencias. El "canovismo" pactó con la burguesía catalana atemorizada en 1875 (aunque comprenda quince años después) y liquidó los Fueros vascos.

Cánovas afirmó muchas veces: "En la defensa del orden social está hoy la mayor legitimidad; quien alcance a defender la propiedad, a restablecer el orden social, a dar a estas naciones latinas la seguridad y los derechos de cada uno y a libertarlas de la invasión bárbara de proletariado ignorante, éste tendrá aquí y en todas partes una verdadera legitimidad."

El designio político de Cánovas era garantizar esa "legitimidad" de la gran propiedad, de los hombres de negocios, de los dueños de ingenios cubanos (como el suegro de Romero Robledo) del centralismo, etc. Era "su mundo" y debemos comprenderlo; el prototipo de hombre político del bloque dominante casó en segundas nupcias con una Osma (de los del Crédit Mobilier), presidía cuatro compañías de ferrocarriles, formaba parte del Consejo de Administración del Banco Hipotecario... y pasamos el resto. Para cumplir esos fines el "canovismo" asentó una práctica política —una Constitución **real**, frente a la **legal**, como dijo Azcárate— destinada a viciar y, en definitiva, anular la voluntad popular.

¿Qué significa, en 1977, la evocación del canovismo? ¿Qué se pretende al decir que necesitamos un Cánovas o un sistema canovista? Recordemos que, al revés de entonces, España sale de treinta y ocho años de dictadura, que es un país industrial a pesar de sus desequilibrios económicos y sus zonas de subdesarrollo, con una clase obrera muy importante, dotada de alta experiencia y de sus organizaciones políticas y sindicales; y de unas fuerzas intelectuales que han pasado por la experiencia de un régimen de degradación cultural. Ciento dos años después de la experiencia canovista el pueblo español ha adquirido un alto grado de madurez; todavía nos falta saber si esa ma-

durez es o no compartida por los descendientes o continuadores de aquel bloque dominante. Porque, en definitiva, ¿de qué se trata cuando se quiere que los votos de las zonas más atrasadas y despobladas del país valgan el doble o el triple que los de las zonas punta? Recordemos que el sistema "canovista" privilegió el voto rural (mucho más fácil de adulterar, ya por manipulación, ya por coacción) y pudo así fabricarse mayorías cuando Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, etc. (donde la trampa y el fraude eran más difíciles) elegían diputados de la oposición.

¿Se trata de eso al ensalzar al "canovismo"? ¿Se trata de querer seguir falseando la voluntad popular para defender sospechosas "legitimidades"? Porque, en 1977, eso sería mucho más grave; porque salimos de una dictadura y aún está sin desmontar el aparato de su partido único; lejos de ello, sus resortes electorales (aunque se les "neutralice" oficialmente a última hora y para la galería) están ya actuando. Los caciques de nuestro tiempo están ya a pie de obra, en lo suyo. Y si Cánovas disponía de unos aparatos de Estado coactivos eficaces en la acción rural, ¿qué decir de un tiempo y de un país donde nada permite decir que se hayan modificado esos aparatos que fueron concebidos para defender un régimen y un orden antidemocráticos? Y si en 1879 el Partido Socialista tiene que nacer en la ilegalidad, igual que estaba la Federación de Trabajadores de la Región Española, la prohibición de partidos del movimiento obrero (o cualquiera otros, cierto es) en 1977 no es sólo un testimonio de menguada democracia, sino una grave falta política de imprevisibles consecuencias.

En resumen, que con lemas como los del neocanovismo y con prácticas de jugadores con ventaja ante lo que debiera ser limpia consulta electoral, hay quienes siguen creyendo que Jean-Jacques Rousseau era un hombre nefasto. Que lo digan claramente, y que no se juegue con cartas marcadas; es la única manera de impedir que se rompa la baraja. Y romper la baraja ha costado ya demasiada sangre y demasiadas lágrimas a muchas generaciones de españoles.